

## SOTÓN. EL HONOR DE LA MINA. BREVES EVOCACIONES DE UNA VISITA A LA MINA

GUILLERMO LAINE (coordinador Técnico de Sadim)

IVAN MUÑIZ (Doctor en Historia)

IVAN FANJUL (Jefe de Ingeniería Civil y Minera de Sadim)

Arriba, antes de dirigirnos al pozo, nos despojamos de todo, abandonamos una luz de marzo que clarea tibiamente tras una montaña plomiza y una bruma que la fría brisa de la mañana desmadeja y retuerce, nos desnudamos y apilamos cuidadosamente en las alacenas del edificio minero nuestras certezas, nuestra confianza y nuestras ropas de diario y nos vestimos con una incertidumbre nerviosa y las ropas y calzado que uno de nuestros acompañantes nos entregan amablemente. Calzoncillos, calcetines, camiseta, un mono usado de colores azules, un cinturón de cuero que faja nuestra cintura y del que penden diversas cinchas y hebillas a las que ataremos los artefactos básicos del oficio y unas pesadas botas de agua de caña larga. Adaptamos la cinta del casco al tamaño de nuestra cabeza y nos lo colocamos. Minuto a minuto y a medida que esta ceremonia de investidura continúa de sala en sala, recibimos otro equipamiento que va añadiendo nuevos pesos y la sensación de que nuestro andar se vuelve más lento y torpe. La luz del casco con su batería y un autorrespirador en su funda metálica que anclamos al cinturón a fuerza de girarlo en derredor nuestro. Se nos explica el funcionamiento del aparato manual de respiración, que habremos de utilizar en el caso de que el medidor de gas señale presencia excesiva de grisú o un descenso repentino del nivel de oxígeno, indicaciones que Llanos y Ángel, los mineros que nos guiarán por las galerías, realizan con serenidad y buen humor para tranquilizarnos. Es el comienzo de un viaje al que he sido amablemente invitado por Guillermo Laine e Iván Fanjul, quienes forman parte de nuestro grupo.

Saludo con timidez a la responsable de embarque. Es una mujer rubia, joven, una de las mujeres que han logrado romper la histórica barrera de rechazo que hasta hace muy pocos años dificultaba su inserción laboral en las faenas de interior. Observo cómo levanta la rejilla de la jaula y me introduzco en ella con una mezcla de ansiosa expectación y respeto.

En Sotón, la jaula es un recinto estrecho de gruesas paredes metálicas contra las que apoyas tu espalda sorteando los carriles y engranajes que ocupan la parte central del suelo. El descenso es vertiginoso, nuestro transporte oscila y se bambolea en el vacío zarandeado por la corriente de aire o por la hostil reacción de un ambiente que parece repelerla hacia el exterior. Escuchamos el zumbido que se produce cada vez que traspasamos la entrada a

uno de los niveles de trabajo, un “tzsummm”, “tzsummm”, “tzsummmmm” que se acompaña por un estremecimiento algo más brusco de la jaula. En un tiempo que a un viandante apenas le permitiría recorrer a paso normal una corta distancia, un apacible trecho a la luz del día y bajo la transparente cúpula del cielo, nosotros hemos atravesado 500 metros de roca dura, húmeda y sombría a la que no llega ni un pequeño resquicio de iluminación natural.

Estamos en las entrañas del mundo. En la ciudad bajo la tierra ha llegado la noche y el silencio y la oscuridad más absoluta reinan por todas partes. Una larga y ancha avenida, una galería con recias fortificaciones blindadas, negra como boca de lobo, se extiende hasta un punto del horizonte que no alcanzo a distinguir. Es un urbanismo majestuoso, también inquietante, construido por hombres con sus manos que han luchado cada jornada por mantener despejadas y en pie las calles frente a la constante presión de las rocas, que aplastan toda construcción por vigorosa que sea y obligan a refortificar y arriostrar y revisar cada tramo de galería.

No hay luminaria alguna en los hastiales o en el techo y únicamente el foco de luz de nuestros cascos logra penetrar en la penumbra, como una barrena en la veta de carbón, con un haz amarillento y vaporoso que pierde fuerza a varios metros de distancia, se desvanece y se estrella agotado contra la oscuridad impenetrable del fondo. Dirigimos la luz frecuentemente hacia el suelo, donde hemos de esquivar múltiples obstáculos que el albor de nuestro foco descubre de forma pasajera y deja sumergidos nuevamente en las tinieblas a nuestras espaldas.

Como restos de una batalla que ha concluido pocos minutos antes de nuestra irrupción, las galerías se encuentran repletas de maquinaria que surge cada cierto tiempo de entre las sombras, voluminosas vagonetas detenidas sobre el camino de hierro con una carga de instrumental, mesillas con sus costillares metálicos repletos de maderas para el entibado, o montones de arcos de pesado acero que habrán de utilizarse para erigir las portadas cuando el frente de carbón avance.

Una de las impresiones más vivaces que produce la mina es el fuerte sentido de territorialidad que se percibe en todos los espacios, una territorialidad celosa y llena de orgullo que, como en los valles, bosques y aldeas de la superficie, impulsa a bautizar con nombres cada rincón de importancia, a humanizarlos con calificativos que hablan de una poderosa conciencia de propiedad emocional sobre los lugares de trabajo. Las galerías, igual que calles, poseen numerosos letreros y carteles que nos advierten de nuestra situación en el inmenso plano de labores, o de zonas particularmente peligrosas, de la orientación

cardinal de las galerías o de tajos que funcionaron durante un período y han sido sellados al agotarse la vena. Pueden ser letreros de madera con los rótulos inscritos o marcas de topografía o la presencia casi ceremonial y mística de una Cruz de San Andrés señalando el tránsito entre el espacio asegurado y un más allá amenazante.

Más sorprendente que este tipo de avisos oficiales es un extraordinario ritual de escritura que representa, al mismo tiempo, un documento de la memoria cotidiana y un patrimonio que aumenta el enorme valor de este pozo. Allá donde poses la vista por un instante, dirigiendo la luz de tu casco hacia las maderas y las rejas de las fortificaciones que cinchan y sostienen la roca, allá encontrarás un sinfín inaudito de inscripciones en tiza y rotulador. Es un inacabable muro de graffitis, en ocasiones superpuestos, que se interrumpen ocasionalmente y vuelven a aparecer en otra zona preferencial de paso hacia los tajos. Son mensajes que unos mineros dejan a otros o a la posteridad, un diálogo mudo pero locuaz y por momentos contundente y ácido que, como en una partida de ajedrez disputada con palabras, sirve para que intercambien opiniones, muevan sus piezas verbales y traten de superar el ingenio de su oponente. El tono de estos mensajes puede ser despectivo o reivindicativo, insultante o gracioso, punzante o agresivo. Tacos e insultos conviven con acusaciones, graves sentencias e instrucciones o palabras escritas a propósito con faltas de ortografía para zaherir a un compañero de trabajo. Un “hentybadores” escrito sobre una tabla del hastial llama especialmente nuestra intención.

Se bautizan igualmente los tajos de trabajo y las vetas con nombres propios femeninos o con otros denominativos más genéricos pero nada casuales (María Luisa, Esperanza, Refugio) y no es inusual que algunos de ellos hagan referencia a actitudes casi humanas y temperamentales del carbón y de la roca, como sucede con “La Mala”, epíteto inquietante cuya explicación prefiere eludir quién entonces me acompaña en ese trecho. Estos nombres no solo personalizan la zona de laboreo sino que permiten ubicar con mayor exactitud un espacio o la posición de un tipo de instrumental si has de dar instrucciones a un compañero. “Galería 7 norte, entre Refugio 3 y María Luisa” podría ser perfectamente una de estas referencias.

El camino hacia la zona de trabajo transcurre entre cables y tuberías, las arterias y venas de este poderoso organismo subterráneo, con funciones que pueden distinguirse a partir de su tamaño, el material con el que están hechas o los colores rojos y azules que se intuyen bajo el efecto de nuestra luz. Las sensaciones van sumándose y con ellas crece la tensión de hallarnos en un universo vivo y en pleno funcionamiento. Los bufidos

intermitentes y estruendosos de un escape de aire o de una válvula pueden sorprenderte en la oscuridad.

Caminar por una mina es un ejercicio de constante vacilación en la que tus pies y tus manos palpan y se apoyan contra cualquier masa sólida que les procure sustento, tus piernas se trastabillan y tu cuerpo trata de mantenerse erguido. Afinas los sentidos y continúas, siempre hacia delante, hacia otra zona desconocida. El suelo es una masa de tierra seca o de barro apelmazado en los mejores tramos y un lodazal en el que se hunden tus botas, anegado en algunos puntos por el agua, en los peores. En galerías abandonadas o de menos tránsito, las filtraciones de agua transforman la superficie en un lago de colores opalinos y fondo arcilloso y ocre donde quedan sumergidos los caminos de hierro. La cuneta de desagüe está desbordada y se me advierte del peligro que supone pisar en ella, ya que en algunos tramos la profundidad alcanza hasta la cintura.

Los contrastes de calor, que tantas veces he visto descritos en los libros de minería o en los testimonios de los propios mineros, son formidables y se producen de manera insospechada en un breve espacio de tiempo. En una galería principal de ventilación, la poderosa corriente de aire fustiga tu cara y el impacto es mayor si abres la compuerta de ventilación. Entonces, el oxígeno se precipita, se agolpa en la abertura y se escapa con una energía huracanada hacia la siguiente zona de la galería. Por eso es tan importante cerrar estos pasos y por eso Guillermo no pierde ocasión de enseñarme las banderolas, los mandos que, con su aspecto de enseñas metálicas, permiten controlar la apertura y el cierre a ambos lados de los paneles. En algunos lugares, este frescor prevalece si tu recorrido sigue longitudinalmente la zona ventilada, pero si tuerces hacia una galería transversal al margen de esta ruta, en apenas unos metros la sensación vivificante del oxígeno limpio desaparece y es sustituida por un calor tórrido y una atmósfera seca en la que absorbes más que respiras un aire que se espesa como si fuese líquido.

Mucho antes de que puedan vislumbrarse los destellos parpadeantes de diminutas luces en la lejanía o algunas siluetas pardas moviéndose de un lado a otro, la inmediatez de un frente de trabajo se siente a través de diferentes evidencias. De repente, la concentración de instrumental o las filas de vagonetas atestadas con testers aumentan, aumentan las líneas de cables y podemos observar en un nicho excavado en la roca la presencia de maquinaria especializada como una UTA. El armazón metálico de una ambulancia destaca por su singularidad de entre este cúmulo de elementos. Crecen al mismo tiempo los ruidos, que se volverán ensordecedores una vez hayamos alcanzado el final de la explotación. El glogoteo de una bomba de achique que parece toser, un “¡Pop, Pop, Pop” acompasado e

inconfundible, le ha merecido el sobrenombre con que se le conoce más comúnmente: popolito. Pues en este universo las máquinas también renacen con otros apodos más familiares que hacen olvidar muy pronto su verdadera denominación técnica, una costumbre en el fondo respetuosa y plena de cariño que ilustra la importancia de estos ingenios, cruciales para las faenas, el mantenimiento de las labores y la supervivencia.

La primera imagen de un plano inclinado sobrecoge. Con una inclinación del 50%, el plano se abalanza hacia el interior más profundo de la tierra. La rampa está bruñida por el constante deslizamiento de materiales que van puliendo su superficie y pese a la oscuridad, brilla como una tarima de caoba. Descendemos a través de una inclinada escalera que lame el lateral del plano, con estrechos escalones de madera o de hormigón que obligan a dar pequeños pasos. Es necesario enguantar nuestras manos, pues hemos de agarrarnos a una barandilla de metal y cadenas con el fin de preservar el equilibrio. Y en el fondo de saco, por fin, puedo ver las figuras de los mineros que arrancan el carbón del frente. Uno de ellos blande un martillo con el que debilita y hace estallar la veta del carbón. Constantemente mira hacia arriba, hacia el límite superior del tajo, como me hace notar Guillermo, ya que es el punto más vulnerable y donde en consecuencia puede producirse un desplome del mineral. Su compañero, agazapado a los pies, corta con gran agilidad los maderos que permitirán entibar de manera provisional los primeros trabajos, antes de que se coloquen los blindajes definitivos. El calor es insoportable y pese a los sistemas de ventilación, el aire se detiene y la atmósfera pesa más que nunca. Los mineros sudan copiosamente y el conjunto de ruidos es tan atronador que han de colocarse tapones en los oídos.

En un mundo que apenas conserva ya espacios geográficos sin conquistar, globalizado, con carreteras, rutas de navegación y líneas aéreas uniendo todos los rincones del globo, los mineros son de los pocos seres humanos que siguen descubriendo y avanzando allí donde nadie estuvo antes, en el corazón de roca.

Aún aguarda otra extraordinaria prueba en Sotón antes de regresar. El segundo recorrido al que nos encaminamos nos lleva por zonas abandonadas o en plena disfunción, por la “vuelta al vacío” que se inicia y concluye en la caña y donde se acumulan las vagonetas descargadas, por tramos en los que el empuje de la roca ha sido tan enérgico que las fortificaciones saltan o se retuercen pero siguen aguantando la presión y la galería se estrecha por momentos.

Además de la irrepetible lección sobre el trabajo minero que proporciona el pozo, en Sotón otro viaje, muy perceptible en esta segunda área, tiene un valor temporal y nos

lleva desde las últimas tecnologías a los sistemas de trabajo más primitivos, como si en el marco de la misma visita retrocediésemos al pasado. Y en ese pasado nos aguarda desafiante la “J”, el pozo vertical, estrecho como una chimenea y posteo con maderas, que comunica dos niveles de explotación. Introducirse en la “J” es alcanzar otro grado más de tensión e impacto emocional. Te dejas caer, arrastrándote por el suelo en las zonas más angostas y de menos pendiente o te agarras a los postes, siempre respetando ese viejo lema minero de los tres apoyos (dos brazos y un pie, dos pies y un brazo). En la parte final, cuando la verticalidad es absoluta y tu cuerpo serpentea entre el entibado, has de esperar a que el compañero que te antecede finalice el recorrido. En caso contrario, puedes arrastrar contigo pedazos de roca o polvillo y hacer que se precipiten sobre su cabeza, poniéndolo en peligro.

La J y un nuevo posteo de madera entre dos galerías, que evoca técnicas antiguas o medievales nos lleva a la última distancia antes de alcanzar la caña y la jaula. En distintos momentos del recorrido bebemos algunos sorbos de agua, costumbre muy necesaria, como me explica Guillermo, si queremos evitar la deshidratación.

Alcanzamos la superficie de nuevo. El día airea en plenitud y el cielo ambarino y pálido de la mañana ha dado paso a un sol espléndido que calienta nuestras espaldas de forma muy agradable. “Siempre es una maravilla salir de la mina y encontrarte con este sol”, me dice Llanos. Y estoy de acuerdo. Es esa otra sensación que siempre tratamos de explicar en Arnao, la de los primeros instantes después de dejar atrás la oscuridad de las galerías y que en la posición costera de Arnao se amplifica al encontrarte de bruces con el horizonte abierto del mar. Aquí, en Sotón, el paisaje verdinegro de las montañas y de las explotaciones alivia la vista con más delicadeza.

Me siento aturdido y exaltado, ese estado de ánimo que uno experimenta cuando ha sido sometido a una experiencia intelectual o sensorial intensa, fatigosa y finalmente inolvidable, una experiencia tan embriagadora que aún no eres consciente de tu desgaste ni del cansancio de tu mente o de tu cuerpo y continúas como hipnotizado. Guillermo, Iván, Ángel y Llanos aún tienen la amabilidad de conducirme a la sala de máquinas. Escucho con atención las didácticas explicaciones de Guillermo, entrecortadas por la abrumadora sinfonía de ruidos de la maquinaria y, que duda cabe, admiro la majestuosa belleza de esos ingenios industriales que, con sus colores puros y sus formas abombadas y circulares, poseen la apariencia de una obra de arte vanguardista. Pero de alguna manera no estoy allí, no he regresado de las galerías oscuras ni de los planos inclinados que se precipitan en el

abismo ni de las atmósferas sofocantes que te envuelven y te engullen como el anillo de una ola.

En veinte años de dedicación a la historia y al patrimonio cultural he vivido momentos muy variados, sentimientos de felicidad y frustración, he sido testigo de hallazgos extraordinarios que provocan entusiasmo y he visitado centenares de yacimientos, edificios y paisajes que despiertan la irrepetible emoción del pasado, pero creo que ninguna de mis lecturas, de mi conocimiento o de mis investigaciones me había preparado para la intensa experiencia de asistir a una mina viva, de cruzar sus entrañas todavía practicadas y contemplar con mis propios ojos una tradición laboral tan heroica y orgullosa.

La riqueza de imágenes, sonidos y sensaciones que descubro en el Pozo Sotón me cautiva y me sobrepasa, como confieso luego a Guillermo. Ese fin de semana no puedo quitarme de la retina lo que he visto, ni de los sentidos lo que he podido oler o tocar por primera vez. Pienso en Sotón y en quienes trabajan allí y trato de ser respetuoso con mis palabras. Sopeso mucho los adjetivos con los que he de describir mi descenso al pozo. Temo que muchos de ellos puedan resultar frívolos e inadecuados si tenemos en cuenta que estoy hablando de un oficio arriesgado con trabajadores que siguen allí, a pie de veta, arrancando el carbón, mientras yo redacto estas líneas.

Sin duda hubo algo de hechizo. Recuerdo que bajé con una libreta verde en la que garabateaba informaciones cogidas al vuelo que ahora me resultan en muchos casos indecifrables, que atravesé la caña del pozo con cientos de preguntas en mi cabeza y el ansia de conocer hasta el más mínimo detalle. Sin embargo, a medida que fui avanzando por las galerías, dejé de escribir, dejé de hablar y sólo muy de vez en cuando alimenté el calor de una conversación. Me limité a escuchar y a guardar silencio. Respeto reverencial, por ello, es un concepto más adecuado si he de definir mis emociones en Sotón.

Por eso mismo, creo que sería un error considerar el Pozo Sotón como un museo en el sentido más convencional de la palabra. Para la mayor parte de las personas, un museo es un edificio o un espacio que sucede en el tiempo a la muerte de una cultura, de un asentamiento o de una actividad, como una tumba o un cenotafio en el que se depositan sus restos fúnebres, exponiéndose el ajuar de más belleza. Sotón es una experiencia viva que no deje dejarse fallecer, un lugar con una riqueza patrimonial y humana admirable, repleto de imágenes congeladas, huellas de actitudes, de pensamientos, de vivencias, un lugar que honre a la mina y vele por su memoria, que permita conocer la valentía y dignidad de los mineros, la majestuosidad de las construcciones que realizaron en ese mundo subterráneo y todo ese conjunto de sensaciones contradictorias que saca a la luz. Palabras,

aromas, sonidos, instrumental, roca, carbón y agua, entibaciones, planos y pozos, todo está ya allí, en Sotón, donde también se conserva el honor de la mina.